

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

Cuando la calle paga el alquiler

La chica es nigeriana, tiene 34 años y hace un mes llegó cargando con sus dos hijos, y con todas sus cosas, a la asociación de mujeres donde estudia. Tenía el teléfono de la educadora y cuando la desahuciaron, la llamó desesperada. La echaron del piso donde vivía porque quien tenía que pagar la renta –el marido de una amiga– hacía meses que se quedaba con los 450 euros y se callaba. La chica perdió la casa, la amiga y empezó ese calvario de andar rogando para conseguir ayudas en parroquias y conseguir «algo». Es la primera vez que vive algo así porque hasta hace un año el trabajo abundaba en la calle y en los clubs.

Desde que pisó España, en el 2002, la chica ha trabajado como prostituta, primero en clubs y luego, en la calle. Durante los primeros años, pa-

ra pagar esa deuda de 33.000 euros –ahora se paga hasta 55.000 euros– que contrajo con la *madame* que la ayudó a atravesar África. Ahora porque no puede trabajar de otra cosa: en España son pocos los que contratan a una chica negra, nigeriana, que casi no habla castellano y que, además, no tiene papeles. ¿Quiere trabajar en la calle?: «No». ¿Puede hacer otra cosa?: «No». Las clases de idiomas, de costura y de limpieza pueden ayudarla a salir de la calle, pero en el presente tiene que mantener a sus hijos, pagar el alquiler, el transporte...

Cuando salió de Nigeria nunca pensó que su vida sería esta. Conoció a esa mujer que le prometió que en España sería camarera. Ella, sus amigas, sus vecinas... toda África quiere vivir en Europa. «Aquí hay luz, hay agua», dice. El día que llegó a Girona



DANNY CAMINAL

► La chica, en la asociación de mujeres donde estudia, en Barcelona.

Una 'madame' la trajo a Europa por 33.000 euros. Selló el pacto con un ritual de vudú

y le dieron un *top* que a duras penas le tapaba unos centímetros de piel supo que a partir de entonces trabajaría como prostituta.

Entonces, pagaba a la *madame* 3.000 euros al mes. Ese contrato era sagrado, tan sagrado que fue sellado con un ritual de vudú, allá en África.

ca. Si no pagaba, moriría. Al saldar la cuenta, se liberaba. Por eso, explica, nunca pensó que la explotaban: era el contrato. Ahora tiene miedo a que si la agarra la policía en la calle, la deporten. «Si piso África, moriré», dice. ¿La mafia? «El vudú». La mujer se desespera. «¿Por qué me hace tantas preguntas? A nosotras nunca nos preguntan. Usted no entiende África». Es cierto.

Esta cronista no entiende porqué esta mujer cree que un ritual de vudú puede marcar vida y muerte. Da igual que esta cronista lo entienda. Es real que ese ritual paraliza a estas mujeres. Es real que cuando llegan a Europa, callan recuerdos y horrores que han sufrido en un viaje que, poco a poco, les ha ido despojando de la autoestima, de la identidad y de los sueños. Esta mujer no dice que la violaran, pero tuvo a un hijo en Marruecos; no dice quién.

Una activista propuso un día un ritual colectivo como antídoto para liberar a estas chicas de la *magia negra* a la que fueron sometidas. La activista no cree en el vudú, pero sabe que muchas de estas mujeres sí creen y viven aterrorizadas. Hay un problema: la chica de las maletas dice que el vudú no llega a suelo europeo, se queda en África. ≡



apiedecalle@elperiodico.com